

La memoria histórica y los desafíos del posconflicto colombiano.

Una leve mirada.

● Yezid David Sequeda Garrido

... solo queda el recurso a la invocación a ese oráculo burlón que llaman Historia, y que no pronuncia su veredicto hasta que las mandíbulas del que lo reclama se deshacen en polvo¹...

Arthur Koestler

Introducción

Evocar y escudriñar en la memoria de quienes aún viven y en el legado de quienes ya partieron, es para la historia un ejercicio que le alimenta, le oxigena y le re-significa, en medio de olvidos, silencios generacionales y coyunturas a veces adversas, a veces propicias y a veces necesarias para rememorar y reflexionar en torno a lo acontecido. Un relato, una vivencia lejana, una experiencia traída a la brevedad del tiempo presente y la voluntad de

sus protagonistas por recordarla, son para el quehacer de la historia materia viva, que ayuda a un mejor conocimiento del devenir de una sociedad, lejos de tiempos aciagos y de escenarios adversos. Estas líneas construidas a partir de la consulta de bibliografía especializada y de reflexiones individuales tienen por objeto hablar de memoria histórica. Igualmente, quieren reflexionar sobre el rol de las víctimas en la construcción de memorias y en el papel del historiador en estos procesos visibles en la actualidad de la sociedad colombiana.

1. Koestler, 2011: 38.

Algunas premisas conceptuales

Ireneo Funes, el memorioso personaje a quien Borges inmortalizó en una de sus ficciones, era capaz de recordar lo que su entorno fácilmente olvidaba, por medio de una prodigiosa facultad, que por momentos le atormentaba y anclaba de modo permanente su mirada hacia el pasado.² Funes recordaba en su aldea de Fray Bentos, lo que muchos de sus habitantes olvidaban o consideraban irrelevante para el recuerdo, contrariando a quienes piensan que el olvido es un depósito desierto o una cosecha de la nada y dando razón a quienes piensan que: “el olvido está lleno de memoria”.³ Incapaz de olvidar y convertido sin quererlo en un receptáculo de experiencias vividas, Funes encarna el temor del recuerdo imperecedero, que en los individuos y en las sociedades por ellos construidas, transita de modo recurrente como parte de su historia y de sus huellas por el trasegar del tiempo. Capaz de traer al tiempo presente -y de un modo perfecto- el momento mismo en que recordaba alguna experiencia, la corta vida de Funes se convierte en una curiosa metáfora de lo que se quiere olvidar y de lo que se hace molesto recordar.

Funes organizaba el olvido y entendía que la memoria constituye una prodigiosa -o tal vez peligrosa- facultad humana de recordar, almacenar y rememorar sucesos que en la vida de los

individuos o de las sociedades, tienen algún tipo de relevancia. De ahí, que la memoria aparezca de modo recurrente como un escenario susceptible para entender el devenir y los procesos a ella vinculados, en un tejido permanente de experiencias y vivencias múltiples que se transmiten por diversas vías y mecanismos. Asombra en Funes la forma como almacenaba el suceso, su remembranza y la memoria en que se insertan sus recuerdos, que parecen ser, partes formantes de un gigantesco universo que la vida construye y destruye de modo continuo, en medio de aventuras y proyectos que dan sustento a distintas formas de narrar la historia a la que se tiene acceso.

Ahora bien, como dadora de identidad, la memoria -y la revisión del recuerdo implícito en ella- entra a formar parte de un proceso activo de construcción de sentido, de nociones del pasado y de genealogías del recuerdo, que el individuo y sus grupos de adscripción crean de modo continuo y transmiten desde distintos escenarios. La memoria se integra entonces con sentimientos y formas de cohesión grupal, mientras asume una función que la convierte en generadora de vínculos de pertenencia. En esta esfera de representación -y de acuerdo con Michael Pollack- la memoria es vista como una operación colectiva de los acontecimientos y de las interpretaciones del pasado que se quiere salvaguardar, operación que se integra en tentativas por definir y reforzar

2. Borges, 1944: pp. 51-55.

3. Benedetti, 1995: p. 14.

sentimientos de pertenencia y fronteras sociales entre colectividades de distintos tamaños: partidos, sindicatos, iglesias, aldeas, regiones, clanes, familias, naciones etc...⁴

En este andamiaje vivencial e identitario, la memoria juega un papel central, como mediación simiente del recuerdo transmitido, olvidado o silenciado por individuos, generaciones, instituciones, épocas y coyunturas históricas puntuales, que de acuerdo a sus intereses, vuelcan sus miradas u olvidos sobre diversos rincones de ese universo construido. De acuerdo con Henry Rousso:

[...] La memoria garantiza la perennidad –al menos el sentimiento de perennidad- de un individuo o de un grupo en el tumulto de las rupturas de la Historia. Cumple una función fundamental para la consideración de la alteridad: alteridad del tiempo que cambia, al asegurar la permanencia más o menos ficticia, más o menos real del grupo o del individuo. Pero también se trata de una alteridad de la confrontación con otros grupos, otras naciones, otros pasados y por ende otras memorias, permitiendo la distinción y, por ende, la definición de una identidad propia [...].⁵

Al ser un referente de identidad individual y colectiva, reivindicar la memoria como componente de un proceso de reparación simbólica, resulta ser un acto de gran valor para comunidades que han transitado por escenarios de profundo dolor y en los que sus derechos fundamentales han sido vulnerados y ultrajados. Esta reivindicación de la memoria, permite a las víctimas mantener vivo el recuerdo de sus seres queridos, mientras construyen espacios de verdad, que pueden otorgar claridad en torno a lo sucedido, las motiva-

ciones, las personas, las instituciones y los agentes implicados en actos de barbarie.

En tanto que establece difusas fronteras con la historia y sus labores adyacentes, la memoria encarna un espacio cargado de universos múltiples, que en medio de la remembranza y el recuerdo, otorgan identidad al individuo y a su entorno inmediato, en un complejo juego de definiciones, formas de transmisión, preservación u olvido. Para la historia la memoria constituye un insumo de gran valor,

4. Pollack, 2006: 25.

5. Para un mayor detalle véase a: Rousso, 2012: 12.

en la medida en que le otorga elementos para la construcción de su discurso, en una relación recíproca que cuestiona y critica la validez de sus aportes, a la luz de criterios de veracidad, autenticidad y fiabilidad para elaborar una representación del pasado inmediato. No obstante, las tergiversaciones, negaciones y desplazamientos de las que pueda ser objeto, la memoria es vista como una fuente que le permite a la historia poner a prueba sus contenidos y transmitir memorias críticamente establecidas y probadas.⁶

En esta relación entre la historia y la memoria, da la impresión que ambas esferas de representación del pasado se necesitan de modo mutuo, en una inacabable tarea de transmitir por la vía del testimonio los saberes del silencio, desde referentes internos y externos que den soporte a los relatos fabricados desde la historia y la memoria.⁷ Interpretar y encuadrar la memoria, se convierte en un trabajo que se alimenta del material de la historia, en medio de la combinación de múltiples referencias, asociadas a una preocupación por mantener fronteras sociales, modificarlas y reinterpretar el pasado en función de combates del presente y del futuro.⁸ Igualmente, en cuanto campo específico del trabajo académico, la memoria permite reflexionar sobre la naturaleza y los vínculos del recuerdo con el quehacer polí-

tico y con la historia del tiempo presente.⁹

A partir de esta esfera de relación -y como suele suceder en otros campos de la investigación histórica- en el trabajo con la memoria, es el presente el momento desde el cual el investigador formula sus preguntas en torno al pasado, en medio de contextos e intereses propios, que convierten a los testigos en fuentes y a sus vivencias y recuerdos, en materia útil para entender y nutrir sus horizontes. En esta aventura, el historiador entabla una relación directa con el objeto de su interés y la memoria se convierte en una representación del pasado, que se construye desde el presente y que en muchos casos, lo acerca con un momento que no le es ajeno, mientras convive con huellas que persisten en su propio entorno.¹⁰

Desde otra perspectiva, la vida en comunidad y el carácter gregario propio de nuestra especie, hacen que los individuos construyan una memoria en colectivo, que actúa como un instrumento que envuelve memorias individuales y carga un bagaje de recuerdos propios de la vida y de la historia de una sociedad en particular. En este ámbito, los individuos construyen su memoria social, cultural e individual, abriendo espacios, creando sitios, explorando estrategias que permiten transmitir, interpretar,

6. Jelin, 2001: 75.

7. Nora, 2008: 26.

8. Pollack, 2006: pp. 25-26.

9. Yankelevich, 2010: 17.

10. Traverso, 2012: 285.

traducir e interiorizar recuerdos y relatos, en un contexto cargado de lógicas propias.¹¹ Esta memoria colectiva evoluciona según sus propias leyes, mientras envuelve las memorias individuales sin confundirse con ellas, dando entrada a recuerdos propios que cambian de rostro, en cuanto vuelven a colocarse en un conjunto que ya no es una conciencia personal.¹² Tanto en la memoria individual como en la memoria colectiva, los individuos se reconstruyen y se encuentran a sí mismos, mientras definen su lugar social y sus relaciones con los demás, en un ámbito en que lo vivido, le otorga coherencia y continuidad a su propia historia, a partir de sus traumas y rupturas.¹³

La memoria histórica como parte del posconflicto en Colombia

La construcción de memoria histórica encara múltiples desafíos para la academia colombiana, siendo la diversidad de miradas sobre el pasado reciente uno de los más visibles. La emergencia de memorias en torno a lo ocurrido convierte al historiador en espectador privilegiado, en protagonista y en un elemento clave para la construcción de miradas y representaciones sobre el devenir nacional. Escuchar a víctimas y testigos de ocasión, dar cuenta desde sus dolores, desde sus vivencias, sus recuerdos y desde sus reminiscencias de episodios del conflicto armado, ha sido una experiencia de reconocimiento de la magnitud y del alcance que este conflicto tuvo en las regiones colombianas. La memoria del conflicto colombiano está llena de elementos dadores de identidad grupal, que acentúan y afianzan los vínculos y las formas de pertenencia construidos desde el recuerdo, la remembranza y

la conmemoración de acontecimientos relevantes para los individuos y los grupos inmersos en la tragedia.

La importancia que tiene para las víctimas la reivindicación de la memoria de sus seres queridos sirve para emprender procesos de construcción de futuro, dejando de lado los estigmas y los señalamientos que en su momento sirvieron de base al accionar de agentes criminales. Poder explicar a las generaciones futuras la verdad sobre lo sucedido, mientras se defiende la honra y el buen nombre de las víctimas, resulta ser un acto de significativa importancia para la construcción de nuevos parámetros de justicia, reparación simbólica y garantías de no repetición. Sin embargo, y a pesar de sus aportes a la construcción de la paz, estos procesos de construcción de memoria histórica y de reivindicación de las víctimas como sector vulnerable del conflicto colombiano, tropiezan con serios obstáculos para su normal desarrollo. En muchos casos, los intereses en pugna de sectores políticos y de grupos específicos

11. Da Silva Catela, 2001: 174.

12. Halbwachs, 2004: 54.

13. Para un mayor detalle véase a: Rousso, 2012: 12.

de la sociedad por impedir que se conozca la verdad con relación a actos violentos, hace que su esclarecimiento tropiece con todo tipo de obstáculos y trabas de carácter jurídico.

Muy probablemente el interés por ocultar información y por obstaculizar formas de construcción de memoria esté relacionado con responsabilidades directas e indirectas de personajes de la política nacional, que en su momento, sirvieron a los intereses de fuerzas oscuras, en las que las alianzas criminales, la omisión judicial, la complicidad directa o la colaboración por parte de funcionarios estatales con grupos armados, fueron situaciones frecuentes en estos procesos de violación a las normativas de la legislación colombiana, los Derechos Humanos y el Derecho Internacional Humanitario. De ahí que sea comprensible el interés que en la coyuntura actual tienen influyentes sectores de la política nacional por obstaculizar a través de distintas vías los procesos de construcción de memoria, esclarecimiento de verdades y establecimiento de responsabilidades.

Manejada responsablemente y sin sesgos de ninguna naturaleza, la memoria histórica puede contribuir a la reparación integral de las víctimas. A partir de un propósito encaminado al conocimiento de la verdad, a la preservación de identidades colectivas y a la búsqueda de mecanismos de no repetición,

el conocimiento de la historia reciente de la sociedad colombiana puede ayudar a la construcción de un mejor futuro, lejos de los escenarios de terror que tanto daño han causado a grupos humanos diversos.

Un apunte final

La memoria histórica es quizás uno de los terrenos más sensibles para edificar una representación del pasado. Ser testigo de ocasión y haber hecho presencia en un determinado contexto socio histórico, convierte al individuo y a sus recuerdos lejanos o cercanos, en una fuente para la historia. Tal fuente se alimenta a partir de una representación en la que afloran nociones, posturas, sentimientos, afectos y vínculos directos, que el tiempo y la distancia transforman de modo continuo. En medio de nostalgias, traumas, dolores prolongados y heridas que aún no cicatrizan, el recuerdo de lo trágico permea la memoria del conflicto armado en distintos lugares del territorio colombiano. Como huella indeleble de un largo y prolongado sendero de reminiscencias y experiencias vividas, la memoria trágica del conflicto armado colombiano se resiste a ser pasado inerte para quienes la intentan silenciar y fusionar por la vía de discursos oficiales, negaciones, visiones homogéneas, conmemoraciones intencionales y formas totalizantes de transmitir el recuerdo.

Koestler, Arthur.

2011 El cero y el infinito. Traducción de Eugenia Serrano Balanyá. Prólogo de Mario Vargas Llosa. España, Ediciones DEBOLSILLO.

Nora, Pierre.

2008 Les lieux de mémoire. Traducción de Laura Masello. Montevideo, Ediciones Trilce.

Pollack, Michael.

2006 Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite. La Plata. Ediciones al Margen.

Rouso, Henry

2012 Para una historia de la memoria colectiva: el post-Vichy. Artículo, en: Aletheia, volumen 3, número 5, diciembre 2012. ISSN 1853-3701. 14p.

Traverso, Enzo.

2012 La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX. México, FCE.

Yankelevich, Pablo.

2010 Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1984. México. El Colegio de México-FCE.